

ACTAS DEL 7° CONGRESO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIÓN EN PSICOLOGÍA  
ISBN 978-950-34-1863-5 | LA PLATA, DICIEMBRE DE 2019

## EL CUERPO EN LA ADOLESCENCIA. VICISITUDES PROPIAS DE LA CONTEMPORANEIDAD LÍQUIDA

THE BODY IN ADOLESCENCE.

OWN VICISSITUDES OF LIQUID CONTEMPORARY

Francisco Caro

Licenciado en Psicología

[franciscohcaro@gmail.com](mailto:franciscohcaro@gmail.com)

Facultad de Psicología, UNLP

Sofía Fernández Tombessi

Licenciada en Psicología

Facultad de Psicología, UNLP



## Introducción

Bob Dylan señaló exento de ingenuidad en 1964 que los tiempos son un cambio, y la situación contemporánea nos lo recuerda sin respiro. Han cambiado los anclajes del yo, ya no implican un común denominador, una referencia que se sostenga generación a generación; pareciera que cada sujeto habla un dialecto diferente. Si bien no estamos en presencia de la primera generación de seres humanos que se adelantaron a las posibilidades institucionales de su tiempo, entendemos que sí estamos en presencia de la primera generación que no necesita la perdurabilidad de las que coercitivamente construye, dado el derretimiento continuo que sufren en sintonía con la revolución tecnológica y el consecuente goce compulsivo que denotan cuando, como si fueran plastilina, las modelan y remodelan permanentemente sin una pauta que mida sus posibles.

Ante todo, adultos y adolescentes somos sujetos de época. Es recurrente en estos días percibir ciertas opiniones que centran el foco en la falta de límites, en el extrañamiento con que se siente a las nuevas generaciones ya no como seguidoras y continuadoras de un orden acabado. La problemática se vislumbra, sin embargo, cuando se traen al terreno psicoanalítico y particularmente el de la clínica, opiniones que no le conciernen y que lo desbordan. En este contexto, hablar de límites es una propuesta estructuradora del psiquismo; los límites son zonas de intenso trabajo psíquico. Posibilitan modificaciones en las diferentes instancias -entre el yo y el ello, entre el yo y el superyó, entre el yo y la realidad- el reconocimiento del sí y el no, el adentro y el afuera, lo posible y lo imposible, lo permitido y lo prohibido, así como las leyes de parentesco, los códigos de la lengua y la nominación del afecto, todas ellas categorías fundantes de la subjetividad. Estos parámetros posibilitan una óptima organización interna de cada instancia y una frontera que garantiza la individualidad y el intercambio productivo. Si faltan o son muy débiles, la subjetividad corre riesgos. Entre las personas, el límite permite tanto la conexión como la diferencia, al tiempo que permite el juego del “entre”, produciendo también algo peculiar de ese lazo, un

nosotros que implica un más allá de la suma de las singularidades (Rother Hornstein, 2015).

Partimos de entender al discurso sociocultural como constitutivo para la organización psíquica, a partir de la función metapsicológica que, en términos de Piera Aulagnier (1975), éste cumple, en tanto el discurso social anticipa el lugar que un sujeto se supone que ocupará en una sociedad determinada ofertando referencias que le permitan proyectarse hacia un futuro asible. En los tiempos que corren se ha visto desparramado casi de modo masivo el término “líquido” acuñado por Zygmunt Bauman (2013) para definir la forma actual de la condición moderna, dando cuenta con el mismo, del proceso mediante el cual lo antiguamente sólido se derrite a la luz de una modernización obsesiva y compulsiva que se relanza perpetuamente, resultando de esta que a la manera del líquido, ninguna de las etapas consecutivas de la vida social puede mantener su forma durante un tiempo prolongado, contribuyendo de este modo a la cristalización de formas igualmente desprovistas de permanencia. En sintonía con los tiempos que corren se suele caracterizar al sujeto, como destituido de los límites que otrora permitían medir sus posibilidades dentro de un colectivo y que ahora, inexistentes u oxidados, le exigen una posición como gerente general o único ejecutor de su política de vida. En este sentido algunos autores concuerdan en que más que de un cambio de paradigma, hoy día estamos asistiendo al comienzo de una era “posparadigmática” en la historia de la cultura.

No es difícil figurarse de este modo las dificultades a las que asistimos actualmente para establecer un patrón en las configuraciones sociales, las cuales en definitiva, se ven provistas de un patrón que consiste en no tenerlo. Es indefectible que lo que “un más allá del paradigma” propone es la imposibilidad de remitir todas las producciones sociales a un único significado, contribuyendo esto a un movimiento perpetuo hacia definiciones que son siempre parciales, y que a nosotros como

analistas del presente, nos confrontan con la inminente obligación ética de construir nuevas categorías para pensar lo posible, y por qué no, lo imposible.

En términos de Aulagnier (1991) la adolescencia se trata de un tiempo de transición, tiempo lógico del proceso identificatorio, que implica la puesta en marcha de un trabajo de elaboración psíquica que le permitirá al Yo, en el mejor de los casos, reconocerse a pesar de los cambios. La autora sostiene que para ello será necesaria la existencia de un fondo de memoria, de una serie de anclajes simbólicos estables que le garanticen al Yo su permanencia, su “mismidad”. En este sentido la autora afirma que en la adolescencia “(...) todo sujeto va a abordar, empujado por ‘la dura realidad’ o como conquistador, las orillas de este mundo que ya no es reducible ni superponible al mundo y al tiempo meramente familiares” (Piera Aulagnier, 1984: 226). En su alejamiento de la primera referencia que encarnó la pareja parental, el sujeto busca y debe encontrar en el discurso del conjunto las referencias, los intereses, las exigencias y esperanzas, que le permitan mantener la construcción de su edificio identificatorio. Dichos desarrollos conceptuales invitan a preguntarnos ¿qué enunciados son ofertados actualmente por el conjunto social para que el adolescente pueda cimentar y modelar su propio proyecto identificatorio?

Silvia Bleichmar (2004) en su ajustada articulación entre la metapsicología freudiana y las condiciones para la producción de subjetividad señala que la misma está atravesada por los modos históricos de representación con los cuales cada sociedad determina aquello que considera necesario para la conformación de sujetos aptos para desplegarse en su interior. Es por ello que es el espacio en el cual los modos de clasificación, los enunciados ideológicos, las representaciones del mundo y sus jerarquías, todo aquello que Castoriadis (1975) ha agrupado bajo el modo de “lógica identitaria”, toma un lugar central. En concatenación con esto último es resaltado el carácter estrictamente histórico que la fabricación de sujetos humanos tiene, al tiempo que se pregunta cuáles son los elementos que permanecen y cuáles sufren

modificaciones a partir de las prácticas originales específicas que lo constituyen. ¿Cómo es ser adolescente en este mundo globalizado y vertiginoso? Y, a la vez ¿cuáles son las características y peculiaridades de la vida adulta en estos tiempos? Si desde los aportes de Aulagnier (Rother Hornstein, 2015) el psiquismo es una organización abierta, activa y auto-organizante desde el nacimiento, la identidad por lo tanto es proceso, búsqueda, proyecto trayectoria y construcción. El capital identificador deviene y se enriquece a partir del aporte simbólico que los adultos a cargo y el entorno proveen, en última instancia, el inacabamiento con que los humanos venimos al mundo condena al recién nacido a apropiarse, nutrirse y sostenerse de los enunciados identificatorios que recibe en ese encuentro con los progenitores. Hasta hace no tantos años el adolescente estaba inmerso en una cultura de exploración de su identidad esencial y conjeturaba que su vocación debía resolverse permanentemente. Hoy ese modelo se extinguió: los adolescentes intuyen que el encuentro con su vocación va a ser con frecuencia efímero, breve o transitorio. Antes navegar era llegar a puerto, anclar en un lugar amparado; hoy lo esencial es navegar en sí, pues no hay señal alguna de que se ha de alcanzar un puerto protegido y resguardado (Rother Hornstein, 2015).

En este sentido, se suele señalar que la juventud contemporánea no abriga proyectos, o tiene dificultades para concretarlos, tiende al facilismo y a la satisfacción de sus escasas metas por medio de métodos no convencionales, impensables en otra época, donde prevalecía una cultura del trabajo, de la corrección, de la urbanidad, o sea la proyección de un yo-social. En este sentido, podemos retomar algo de lo mencionado anteriormente a partir de que esta proyección social, actualmente se ve alcanzada mediante el exhibicionismo a ultranza propio de las redes sociales, en los que la necesidad de ser vistos y de ser reconocidos no deja exento ningún ámbito. Podríamos pensar en una especie de cultura del algoritmo, en la que las identidades adolescentes actuales son modeladas desde la consecución de “likes” y diferentes aprobaciones de un otro que por momentos se presenta como inmaterial, pero que sin embargo siempre

constituye una eficacia real desmesurada. Los adolescentes de hoy encuentran en internet una herramienta de ilusión de poder, de autonomía que marca importantes diferencias con los adultos. Son individuos considerablemente sensoriales, por ende, imaginarios, para los que la diversión tiene un lugar central en cualquier circunstancia de la vida. Ha cambiado fuertemente el mundo social y, con él, los ideales y el arquetipo de época: los enormes avances tecnológicos, el mundo virtual y la expansión acelerada del consumo como política social han transformado las categorías de tiempo y espacio de modo notable. En este sentido, el espacio real y virtual se entrecruzan, al tiempo que, en sincronización con los ideales ligados al éxito, al placer, a la imagen, a la juventud, hacen caer una peculiar dimensión del ideal: aquella que hace a las nociones de futuro y porvenir. Una suerte similar han corrido las nociones de familia, madre, padre e hijos, diluyendo lo hasta hace algún tiempo normal en algo casi ilógico e imposible de conservar. Susana Sternbach agrega en sintonía con esto, que nuestros adultos (padres de los actuales adolescentes) están desorientados, siendo que sus hijos pertenecen ya a otra tribu, casi a otro universo, dado que han nacido y se han construido en un mundo diferente (Rother Hornstein, 2015).

El trabajo con adolescentes implica poner el acento, no sólo en la ardua tarea que hemos desarrollado sobre construir un proyecto identificador con las peculiaridades que el discurso social le oferta, sino también, implica poner en el centro de la escena al cuerpo, como eslabón permanente entre lo físico, lo psíquico y lo sociocultural: ¿cómo pensamos los cuerpos hoy? ¿cuáles son las referencias con las que cuenta el adolescente hoy para poder significar los cambios que advienen con la pubertad? Ana María Fernández (2013) señala que “han cambiado las significaciones imaginarias sociales que cada época ha construido con relación a los cuerpos. Diferentes han sido los discursos y las prácticas, los mitos y los regímenes de verdad referidos a ellos. Pero siempre se ha dicho qué tienen que hacer, dónde y cómo tienen que estar los cuerpos. Estos han obedecido, acatado, pero también han resistido, transgredido, establecido líneas de fuga en relación con las prescripciones”

(2013: 111) De este modo la autora reseña que “cada cuerpo se produce y reproduce en embrollados nudos de múltiples marcas. Marcas biológicas, pero también políticas; deseantes, pero también histórico-sociales; pulsionales, pero también de lenguaje.” (2013:112).

La autora propone como primer movimiento de desdisciplinamiento de la problemática del cuerpo, transversalizar dicha temática haciendo visible las diversas dimensiones de análisis posibles. En este sentido, Ana María Fernández señala que la caída de las anteriores prácticas disciplinares sobre los cuerpos ha sido acompañada del desfondamiento de instituciones centrales de la Modernidad temprana: Estado, Justicia, familia, escuela, ejército, fábrica, etc. Estas instituciones han ido perdiendo su prestigio y, con sus desfondamientos de sentido han dejado de constituir pilares sólidos de la socialización de los individuos. Si el anclaje se produce en instituciones tan desacreditadas, no es de extrañar que nos encontremos con subjetivaciones caracterizadas por “pulsiones salidas de cauce”, con muy débiles anclajes en el conjunto social, que hacen posibles violencias, abusos y desmesuras de diverso tipo.

Hoy se hace necesario elucidar qué han dejado en invisibilidad estas modalidades de oposición binaria y dicotómica alma-cuerpo en sus estribaciones actuales. Solo un esmerado trabajo de elucidación crítica podrá posibilitar el camino para desnaturalizar aquello del alma, la mente, que quedó invisible para la medicina y aquello del cuerpo llamado biológico que quedó invisibilizado para las psicologías y los psicoanálisis. Se trata en principio de desdisciplinar el modo en que los distintos sistemas de conocimientos han sido organizados históricamente. Tal vez así podrá ponerse en visibilidad cuánto de lo que creemos conocimientos indiscutidos está saturado de sistemas de creencias e imaginarios profesionales.

Transversalizar la problemática del cuerpo es pensar las producciones de los cuerpos en este capitalismo global desregulado. Se volverán estrechos los abordajes que sólo puedan mirar un órgano enfermo o una subjetividad anclada en singularidades de atascados posicionamientos edípicos.

Poner en consideración ese resto que no puede ser disciplinado, que hace posible resistir e inventar y que se motoriza en acciones que ponen en juego dimensiones deseantes pone otra vez en primer plano la dimensión de los cuerpos insumisos y sus líneas de fuga. En tal sentido se vuelve imprescindible metodológicamente elucidar las estrategias biopolíticas que vulnerabilizan y reproducen subalternidad.

En este sentido, en tiempos en los que la temporalidad es estrangulada por la inmediatez de la moda, nuestras sociedades ¿y las adolescencias?, se presentan listas para el consumo. No requieren una larga historia de construcción lenta y minuciosa, ni requieren tampoco un esfuerzo laborioso para garantizar el futuro. Su característica común señala el filósofo polaco, es la naturaleza superficial y episódica de los vínculos que surgen entre sus miembros: fríos y efímeros, vínculos que no atan, vínculos sin consecuencias. (Bauman, 2003)

Consideramos necesario una vez más rescatar los aportes tanto clínicos como teóricos que puede aportar el psicoanálisis contemporáneo -en conjunto con otras disciplinas- para construir dispositivos que permitan asumir esta crisis, presentada por Hornstein (2011) como “multidimensional”, de modo tal que no nos deje subsumidos en una órbita de incertidumbre que nos condenaría a no gravitar significativamente como para poder llevar estas situaciones a un proceso de mayor entendimiento.

### Referencias

Aulagnier, P. (1975). El espacio al que Yo debe advenir. En P. Aulagnier, *La violencia de la interpretación* (pp. 112-176). Buenos Aires: Amorrortu.

Aulagnier, P. (1984). Una historia llena de interrogantes. En P. Aulagnier, *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo* (pp.199-225). Buenos Aires: Amorrortu.

Aulagnier, P. (1991). Los dos principios del funcionamiento identificatorio: permanencia y cambio. En Horstein, L. y otros, *Cuerpo, historia e interpretación*. (pp. 217-231). Ed. Paidós.

Bauman, Z. (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.

Bauman, Z. (2013). *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bleichmar, S. (2004). Límites y excesos del concepto de Subjetividad en Psicoanálisis. *Topía*, 14(40), pp. 6-7.

Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad II*. Buenos Aires: Tusquets.

Dylan, B. (1964). The times they are a-changin'. En *The times they are a-changin'* (CD). Nueva York: Columbia Records.

Fernández, A. M. (2013) *Jóvenes de vidas grises*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Hornstein, L. (2011). *Autoestima e identidad, narcisismo y valores sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Rother Hornstein, M. C. (2015). *Adolescencias contemporáneas. Un desafío para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Psicolibro Ediciones.